



Piccole Suore Missionarie della Carità
(Opera Don Orione)
Casa generale
Via Monte Acero, 5 – 00141 Roma
www.suoredonorione.org



Prot. MG 07/21

Objeto: Circular de Cuaresma
y renovación del Voto de Caridad

Queridas hermanas,

este año, el inicio del Tiempo de Cuaresma coincide con el clima de preparación de la inminente celebración de nuestra **Asamblea general de evaluación** que, como ya saben, se debía celebrar en octubre del 2020 en Polonia, pero a causa de la terrible pandemia que hemos vivido (y todavía vivimos lamentablemente!!) la tuvimos que postergar para el próximo mes de marzo, del 8 al 15, con la modalidad físico-telemática.

Quisiera por lo tanto, renovar la invitación a acompañarnos con la oración y la cercanía fraterna, para que podamos vivir un verdadero momento de comunión, de reflexión, de evaluación y de relanzamiento para nuestra Congregación, superando las dificultades que seguramente encontraremos con la modalidad inédita *on-line*. Recen por nosotras, recen y sosténgannos con el afecto y la cercanía!

La pandemia había también imposibilitado la Celebración de la renovación de nuestro Voto de Caridad, a conclusión de la Catequesis que todas hemos seguido durante el 2019/2020. Como recordarán, debíamos renovar todas juntas el IV Voto el Domingo de la Misericordia del 2020.

Pienso que haya llegado el momento, si Dios lo permite, de realizar este acto tan bello y tan importante, y retomar nuestro entusiasmo y compromiso de santidad y de caridad, especialmente en los nuevos contextos que el Covid-19 ha provocado. No podemos decir, ingenuamente, que las cosas han quedado como antes del covid, no sería honesto de parte nuestra! Tantas cosas han **cambiado profundamente**: en las relaciones, en la vida cotidiana, en el apostolado, en la situación económica, en la dinámica dentro de nuestras Obras, en las formas y propuestas para la formación y para la animación, y podríamos seguir...

Por lo tanto, seguramente, en el plan de amor que la Divina Providencia tiene para sus creaturas, el deber renovar este año el IV Voto, y no antes, como nosotras lo habíamos programado, tiene un sentido, y querrá hacernos tomar más conciencia de nuestra vocación y misión, **en el aquí y ahora de la realidad**, para ser más santas y más proféticas en este momento histórico, marcado por nuevas y profundas heridas espirituales, físicas, morales, familiares, económicas...

Con el Consejo general, en nuestro habitual encuentro de evaluación y programación realizado en el mes de diciembre 2020, hemos pensado proponer la misma fecha para renovar todas juntas el Voto de Caridad, como el XII Capítulo general nos había pedido. **Por lo tanto, invito a todas las PHMC a poner en el calendario de todas las Comunidades, la renovación del IV Voto, el 11 de abril 2021, Domingo de la Misericordia.**

En comunión con vuestras Superiores provinciales o Regionales, organicen este evento según la propia realidad y posibilidad, con las modalidades que crean más adecuadas, tratando de vivir un momento fuerte de unidad y de relanzamiento de nuestra vida religiosa como PHMC.

La Cuaresma nos ofrece la oportunidad para prepararnos bien y seriamente para esta celebración.

¿Cómo podemos prepararnos? Les propongo algunas reflexiones que pueden ayudarnos, sea personalmente como comunitariamente.

Retomar el itinerario de la Catequesis sobre el IV Voto

A nivel personal, tomar en mano nuevamente la Catequesis del Voto de Caridad, y renovar la memoria de las reflexiones que más nos llegaron, recuperar y profundizar los temas que sienten que necesitaban más tiempo de meditación, reflexión y discernimiento, y renovar los compromisos asumidos.

He agradecido al Señor, de manera particular durante la Visita Canónica del 2019, por los tantos testimonios que me compartieron acerca del camino que se estaba haciendo para profundizar el Voto de Caridad. Tantas de ustedes me decían que era un “Subsidio” tan rico, que se deberá tener en mano más veces para gustarlo y hacerlo vida. Entonces, ahora tenemos esta oportunidad!

Escuchar al Papa Francisco

A nivel personal y comunitario, les propongo tomar en mano la Homilía del Papa Francisco del 2 de febrero 2021 y, de manera particular, las Palabras que dijo al final de esta Misa (les adjunto los textos a esta carta¹).

El Papa Francisco nos ofrece en estos textos algunas luces muy importantes y concretas para nuestro camino cuaresmal, a través de la virtud de la “*paciencia*”:

- **La paciencia** que, antes que nada, no es una virtud “*pasiva*” o “*resignada*”, al contrario, la paciencia en sentido bíblico brota de la confianza en las promesas de Dios y, en consecuencia, nos pone siempre “*en camino*”. Es la paciencia del Cristo que seguiremos a lo largo de la cuaresma y, de manera más fuerte, en su pasión.
- “**La paciencia de Dios**”, como lo dice Francisco: “*La paciencia de Simeón, es espejo de la paciencia de Dios*”.
- “**Nuestra paciencia**”, continúa el Papa, y nos invita a preguntarnos “*¿qué cosa es la paciencia?*”
- **Los tres “lugares” de la paciencia**, termina, “*Quisiera indicar tres “lugares” en los que la paciencia se concreta: nuestra vida personal, la vida comunitaria y la paciencia en relación con el mundo*”.

Volver a escuchar a Don Orione

No podemos reflexionar sobre este tema tan importante en nuestro camino de santidad, sin mirar a Don Orione, para adentrarnos sobre sus huellas y sus palabras: “*paciencia, paciencia, paciencia, que con la paciencia se hacen milagros*”².

Por lo tanto les propongo, para completar estas reflexiones, escuchar y meditar, personalmente y comunitariamente, algunos párrafos de tres cartas de Don Orione que encontrarán también al final de la presente carta.

Don Orione, a través de algunas de sus expresiones llenas de amor y de claridad, nos ayuda a profundizar esta virtud de la “*paciencia*”:

- “**la paciencia y la dulzura se aprenden**”: en el primer párrafo que les propongo, Don Orione pone juntas la paciencia y la dulzura, como un camino “*de aprendizaje*”, a la escuela de Jesús, para ganar el Paraíso.
- “**las tres ‘p’... y otra ‘p’...**”: no es la primera vez que Don Orione utiliza esta estrategia lingüística, en este caso la cuarta “**p**” se refiere a la paciencia de tener con los “*padres (sacerdotes), los pobres y los pequeños*” (**las primeras tres “p”**).

¹ En este link del Vaticano pueden encontrar estos textos en todos los idiomas;

http://www.vatican.va/content/francesco/it/homilies/2021/documents/papa-francesco_20210202_omelia-vitaconsacrata.html

² Don Orione, Scritti 85, 66.

- “**La paciencia y la tolerancia maternal**”, con palabras fuertes pero paternales, Don Orione “*forma formadores*”, dando prioridad a la serenidad y benevolencia en la comunidad, evitando la severidad y la mezquindad. Este tercer texto finaliza con una expresión muy bella que encierra toda nuestra reflexión: “**Con la paciencia todo se vence, todo se vence!**”

Caminando hacia la Pascua

Hermanas, entremos en este tiempo fuerte de Cuaresma que tiene como meta la Solemnidad de la Pascua, y dispongámonos, como los viandantes, con apertura y libertad, con esperanza y responsabilidad, a retomar el camino.

Pero no como viandantes solitarios, sino como familia, como comunidad, de la misma manera en la que el pueblo de Dios peregrinó en el desierto, confiándose en la promesa de Dios y en la guía de Moisés.

En el tiempo de Navidad nos habíamos puesto en camino “*siguiendo la estrella*”, ahora la “*estrella*” nos conduce a la Pascua, donde encontraremos de nuevo a Jesús y a María; la “*estrella*” que ahora nos hará de guía para atravesar el desierto de la Cuaresma, como hermanas, dándonos la mano, sosteniéndonos recíprocamente, ayudándonos unas a otras a no bajar la mirada, a no hacer más lento el paso, a tener viva la esperanza, a madurar la “*paciencia*”, con la seguridad de que “**con la paciencia todo se vence, todo se vence!**”.

Las invito a organizarse comunitariamente para poder tener, en este tiempo, al menos un momento en la semana para encontrarse y leer, reflexionar y compartir cuanto el Señor suscita en el corazón de cada una, y así enriquecerse recíprocamente, ofrecerse el consuelo de la fraternidad y de la amistad, porque en nuestra comunión encontraremos la fuerza para no vacilar en los momentos en los que el camino se haga oscuro, fatigoso o cuesta arriba.

Quisiera recordarles a todas que se deben tomar en consideración los **Artículos de las Constituciones y de las Normas generales modificados y aprobados por el Capítulo general del 2011**, que se encuentran en el fascículo que se les ha entregado para insertar en las Constituciones. En este momento, de manera particular, **Normas generales Art. 37 – Espíritu de penitencia en cuanto se relaciona con la Cuaresma**. Se los recuerdo porque, lamentablemente, muchas Hermanas continúan todavía usando los Artículos obsoletos y ya no válidos³.

Confío una vez más a vuestra oración **la Asamblea general y cada delegada**, a fin de que juntas escuchemos y acojamos la voz del Espíritu Santo para nuestra Familia religiosa.

El domingo 14 marzo, a las 11:30 (hora italiana) se celebrará la **Santa Misa de conclusión de la Asamblea general** en la Casa general, en Roma, y será transmitida en directa por el Facebook oficial @suoredonorione. Las esperamos a muchas conectadas para unirnos en comunión para agradecer juntas al Señor.

Caminemos hacia la Pascua con corazón generoso y alegre, porque Jesús es nuestra vida, nuestra alegría, y la razón de cuanto somos y hacemos.

Unida a las Consejeras generales, las saludo y las abrazo con afecto en el Señor, y continuamos unidas en la oración.



Sr. Mabel Spagnuolo
Sor M. Mabel Spagnuolo
Superiora general

Roma, Casa general, 7 febrero 2021.

³ Si no tienen el fascículo, los Artículos se encuentran en las **Actas del XI Capítulo general del 2011**, e son: Constituciones Art. 117; Normas generales Art.23, 24, 25, 29, 32, 34, 37, 59, 223 §2 y 241.

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR
XXV JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

SANTA MISA PARA LOS CONSAGRADOS

Basílica de San Pedro

Martes, 2 de febrero de 2021

HOMILIA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Simeón —escribe san Lucas— «esperaba el consuelo de Israel» (Lc 2,25). Subiendo al templo, mientras María y José llevaban a Jesús, acogió al Mesías en sus brazos. Es un hombre ya anciano quien reconoce en el Niño la luz que venía a iluminar a las naciones, que ha esperado *con paciencia* el cumplimiento de las promesas del Señor. Esperó con paciencia.

La paciencia de Simeón. Observemos atentamente la paciencia de este anciano. Durante toda su vida esperó y ejerció la paciencia del corazón. En la oración aprendió que Dios no viene en acontecimientos extraordinarios, sino que realiza su obra en la aparente monotonía de nuestros días, en el ritmo a veces fatigoso de las actividades, en lo pequeño e insignificante que realizamos con tesón y humildad, tratando de hacer su voluntad. Caminando con paciencia, Simeón no se dejó desgastar por el paso del tiempo. Era un hombre ya cargado de años, y sin embargo la llama de su corazón seguía ardiendo; en su larga vida habrá sido a veces herido, decepcionado; sin embargo, no perdió la esperanza. Con paciencia, conservó la promesa —custodiar la promesa—, sin dejarse consumir por la amargura del tiempo pasado o por esa resignada melancolía que surge cuando se llega al ocaso de la vida. La esperanza de la espera se tradujo en él en la paciencia cotidiana de quien, a pesar de todo, permaneció vigilante, hasta que por fin “sus ojos vieron la salvación” (cf. Lc 2,30).

Y yo me pregunto: ¿De dónde aprendió Simeón esta paciencia? La recibió de la oración y de la vida de su pueblo, que en el Señor había reconocido siempre al «Dios misericordioso y compasivo, que es lento para enojarse y rico en amor y fidelidad» (Ex 34,6); reconoció al Padre que incluso ante el rechazo y la infidelidad no se cansa, sino que “soporta con paciencia muchos años” (cf. Ne 9,30), como dice Nehemías, para conceder una y otra vez la posibilidad de la conversión.

La paciencia de Simeón es, entonces, reflejo de la *paciencia de Dios*. De la oración y de la historia de su pueblo, Simeón aprendió que Dios es paciente. Con su paciencia —dice san Pablo— «nos conduce a la conversión» (Rm 2,4). Me gusta recordar a Romano Guardini, que decía: la paciencia es una forma en que Dios responde a nuestra debilidad, para darnos tiempo a cambiar (cf. *Glaubenserkenntnis*, Würzburg 1949, 28). Y, sobre todo, el Mesías, Jesús, a quien Simeón tenía en brazos, nos revela la paciencia de Dios, el Padre que tiene misericordia de nosotros y nos llama hasta la última hora, que no exige la perfección sino el impulso del corazón, que abre nuevas posibilidades donde todo parece perdido, que intenta abrirse paso en nuestro interior incluso cuando cerramos nuestro corazón, que deja crecer el buen trigo sin arrancar la cizaña. Esta es la razón de nuestra esperanza: Dios nos espera sin cansarse nunca. Dios nos espera sin cansarse jamás. Este es el motivo de nuestra esperanza. Cuando nos extraviarnos, viene a buscarnos; cuando caemos por tierra, nos levanta; cuando volvemos a Él después de habernos perdido, nos espera con los brazos abiertos. Su amor no se mide en la balanza de nuestros cálculos humanos, sino que nos infunde siempre el valor de volver a empezar. Nos enseña la resiliencia, el valor de volver a empezar. Siempre, todos los días. Después de las caídas, volver a empezar siempre. Él es paciente.

Y miramos *nuestra paciencia*. Fijémonos en la paciencia de Dios y la de Simeón para nuestra vida consagrada. Y preguntémosnos: ¿qué es la paciencia? Indudablemente no es una mera tolerancia de las dificultades o una resistencia fatalista a la adversidad. La paciencia no es un signo de debilidad: es la fortaleza de espíritu que nos hace capaces de “llevar el peso”, de *soportar*: soportar el peso de los problemas personales y comunitarios, nos hace acoger la diversidad de los demás, nos hace perseverar en el bien incluso cuando todo parece inútil, nos mantiene en movimiento aun cuando el tedio y la pereza nos asaltan.

Quisiera indicar tres “lugares” en los que la paciencia toma forma concreta.

La primera es *nuestra vida personal*. Un día respondimos a la llamada del Señor y, con entusiasmo y generosidad, nos entregamos a Él. En el camino, junto con las consolaciones, también hemos recibido decepciones y frustraciones. A veces, el entusiasmo de nuestro trabajo no se corresponde con los resultados que esperábamos, nuestra siembra no parece producir el fruto adecuado, el fervor de la oración se debilita y no siempre somos inmunes a la sequedad espiritual. Puede ocurrir, en nuestra vida de consagrados, que la esperanza se desgaste por las expectativas defraudadas. Debemos ser pacientes con nosotros mismos y esperar con confianza los tiempos y los modos de Dios: Él es fiel a sus promesas. Ésta es la piedra base: Él es fiel a sus promesas. Recordar esto nos permite replantear nuestros caminos, revigorizar nuestros sueños, sin ceder a la tristeza interior y al desencanto. Hermanos y hermanas: La tristeza interior en nosotros consagrados es un gusano, un gusano que nos come por dentro. ¡Huyan de la tristeza interior!

El segundo lugar donde la paciencia se concreta es en *la vida comunitaria*. Las relaciones humanas, especialmente cuando se trata de compartir un proyecto de vida y una actividad apostólica, no siempre son pacíficas, todos lo sabemos. A veces surgen conflictos y no podemos exigir una solución inmediata, ni debemos apresurarnos a juzgar a la persona o a la situación: hay que saber guardar las distancias, intentar no perder la paz, esperar el mejor momento para aclarar con caridad y verdad. No hay que dejarse confundir por la tempestad. En la lectura del breviario de mañana hay un pasaje hermoso de Diadoco de Fotice sobre el discernimiento espiritual, que dice: “Cuando el mar está agitado no se ven los peces, pero cuando el mar está en calma, se pueden ver”. Nunca podremos tener un buen discernimiento, ver la verdad, si nuestro corazón está agitado e impaciente. Jamás. En nuestras comunidades necesitamos esta paciencia mutua: soportar, es decir, llevar sobre nuestros hombros la vida del hermano o de la hermana, incluso sus debilidades y defectos. Todos. Recordemos esto: el Señor no nos llama a ser solistas —en la Iglesia ya hay muchos, lo sabemos—, no, no nos llama a ser solistas, sino a formar parte de un coro, que a veces desafina, pero que siempre debe intentar cantar unido.

Por último, el tercer “lugar”, la paciencia *ante el mundo*. Simeón y Ana cultivaron en sus corazones la esperanza anunciada por los profetas, aunque tarde en hacerse realidad y crezca lentamente en medio de las infidelidades y las ruinas del mundo. No se lamentaron de todo aquello que no funcionaba, sino que con paciencia esperaron la luz en la oscuridad de la historia. Esperar la luz en la oscuridad de la historia. Esperar la luz en la oscuridad de la propia comunidad. Necesitamos esta paciencia para no quedarnos prisioneros de la queja. Algunos son especialistas en quejas, son doctores en quejas, muy buenos para quejarse. No, la queja encarcela. “El mundo ya no nos escucha” —oímos decir esto tantas veces—, “no tenemos más vocaciones”, “vamos a tener que cerrar”, “vivimos tiempos difíciles” —“¡ah, ni me lo digas!...”—. Así empieza el dúo de las quejas. A veces sucede que oponemos a la paciencia con la que Dios trabaja el terreno de la historia, y trabaja también el terreno de nuestros corazones, la impaciencia de quienes juzgan todo de modo inmediato: ahora o nunca, ahora, ahora, ahora. Y así perdemos aquella virtud, la “pequeña” pero la más hermosa: la esperanza. He visto a muchos consagrados y consagradas perder la esperanza. Simplemente por impaciencia.

La paciencia nos ayuda a mirarnos a nosotros mismos, a nuestras comunidades y al mundo con misericordia. Podemos preguntarnos: ¿acogemos la paciencia del Espíritu en nuestra vida? En nuestras comunidades, ¿nos cargamos los unos a los otros sobre los hombros y mostramos la alegría de la vida fraterna? Y hacia el mundo, ¿realizamos nuestro servicio con paciencia o juzgamos con dureza? Son retos para nuestra vida consagrada: nosotros no podemos quedarnos en la nostalgia del pasado ni limitarnos a repetir lo mismo de siempre, ni en las quejas de cada día. Necesitamos la paciencia valiente de caminar, de explorar nuevos caminos, de buscar lo que el Espíritu Santo nos sugiere. Y esto se hace con humildad, con simplicidad, sin mucha propaganda, sin gran publicidad.

Contemplemos la paciencia de Dios e imploramos la paciencia confiada de Simeón y también de Ana, para que del mismo modo nuestros ojos vean la luz de la salvación y la lleven al mundo entero, como la llevaron en la alabanza estos dos ancianos.

PALABRAS DEL SANTO PADRE AL FINAL DE LA MISA

Por favor, sentaos.

Quiero agradecer al señor cardenal sus palabras que son expresión de todos, de todos los concelebrantes y de todos los participantes. Somos pocos: esta Covid nos acorrala, pero lo llevamos con paciencia. Necesitamos paciencia. Y seguir adelante, ofreciendo al Señor nuestras vidas.

Aquella joven religiosa que acababa de entrar en el noviciado estaba contenta... Encontró a una religiosa anciana, buena, santa... “¿Cómo estás?” — “¡Esto es el paraíso, Madre!”, dijo la joven. “Espera un poco: hay un purgatorio”. En la vida consagrada, en la vida comunitaria: hay un purgatorio, pero se necesita paciencia para llevarlo.

Me gustaría señalar dos cosas que os podrían ayudar: Por favor, huid del chismorreo. Lo que mata la vida comunitaria es el chismorreo. No cotilleéis de los demás. “¡No es fácil, padre, porque a veces te sale de dentro!”. Sí, sale de dentro: de la envidia, de tantos pecados capitales que tenemos dentro. Huid... “Pero, dígame padre, ¿no habrá alguna medicina? ¿Oración, bondad...?”. Sí, hay una medicina, que es muy “casera”: morderse la lengua. Antes de cotillear de los demás, muérdete la lengua, así se hinchará, te llenará la boca y no podrás hablar mal. Por favor, huid del chismorreo que destruye la comunidad.

Y luego, la otra cosa que os recomiendo en la vida comunitaria: Siempre hay tantas cosas que no nos gustan. Del superior, de la superiora, del consultor, de ese otro... Siempre tenemos cosas que no nos gustan, ¿no? No perdáis el sentido del humor, por favor: nos ayuda mucho. Es el anti-chismorreo: saber reírse de uno mismo, de las situaciones, incluso de los demás —con buen corazón—, pero sin perder el sentido del humor. Y huir del chismorreo. Esto que os recomiendo no es un consejo demasiado clerical, digamos, pero es humano: es humano para ser pacientes. No chismorrees de los demás: muérdete la lengua. Y luego, no pierdas el sentido del humor: nos ayudará mucho.

Gracias por lo que hacéis, gracias por vuestro testimonio. Gracias, muchas gracias por vuestras dificultades, por cómo las lleváis y por el mucho dolor ante las vocaciones que no llegan. Adelante, tened valor: el Señor es más grande, el Señor nos ama. ¡Vayamos tras el Señor!

TRES CARTAS DE DON ORIONE SOBRE LA “PACIENCIA”

“A ustedes, dada vuestra delicada posición y a cuanto me han dicho y escrito, les recomiendo la paciencia: ella es una virtud particularmente alabada y recomendada en la Sagrada Escritura. ¡Con la paciencia todo se vence!

La perfección de la virtud está en la paciencia, y es con la paciencia y con la oración que nos compramos el Paraíso. El modo de aprender la paciencia y la dulzura, es elevar la mirada y el corazón a Jesús Crucificado y al corazón traspasado de Nuestro Señor.

La paciencia y la dulzura se aprenden solamente en la escuela de Aquel que dijo: discite a me quia mitis sum et humilis corde. Con su vida, con su Pasión, y con su sagrada muerte, Jesús Nuestro Señor nos ha enseñado la paciencia (Scritti 24,131, Carta de Tortona, 22-11-1924)

“Querido Don Risi, yo no te estaré nunca tan agradecido por cuanto has hecho y haces en la Congregación, y te pido disculpas por escribirte así, pero siente bien cuánto afecto tengo dentro por ti!

Procura que en Casa haya más unión de corazones, más unión contigo, y siéntete como celoso de tener en mano el afecto, el corazón y la estima de tus sacerdotes.

*Ten en cuenta estas tres cosas: **son tres p**: los sacerdotes, los pobres, los pequeños (los niños). Son las tres grandes fuerzas: y harás milagros de bien. Y si te tengo que decir otra cosa, **es siempre otra p**: Paciencia! Paciencia! Paciencia!” (Scritti 6,221; desde Tortona, junio 1923)*

A ti, querido Don Adaglio, te recomiendo la paciencia, la paciencia y la tolerancia maternal, y mucha amplitud de corazón. Inclínate ante tus hermanos como una madre ante sus hijos; con ellos, me atrevería a decirte, no razones con la cabeza sino con el corazón. Incluso con el alimento y el vestido, procura de que tengan lo necesario y también alguna cosita más.

Fíjate bien que Nuestro Señor multiplicó no sólo el pan; también quiso multiplicar el pescado. Para saciar el hambre de aquella multitud, en sí alcanzaba con el pan, pero no, Jesús quiso en su divina caridad multiplicar también el pescado. Hagamos como hacía Jesús, también para que ellos tengan de qué y cómo mortificarse.

No toleremos el pecado de gula, pero no seamos ni pasemos por avaros. En algunas Casas me da pena escuchar lamentaciones y hasta murmuraciones hacia los Superiores, porque no se da, no se provee, cuando se puede, lo que es necesario o también conveniente, incluso en la pobreza, de que se dé. O también se hace esperar, esperar, y nunca se llega a tiempo, y así se irritan los ánimos y se alejan de la Congregación. (...)

El paciente, dice la Escritura, vale más que el fuerte. Querido Don Adaglio, necesitamos comprometernos lo más que podamos, a llevar y a soportar los defectos de nuestros prójimos, y en ésto pienso que resida una gran parte del amor del prójimo. ¿Y quién más prójimo que nuestros hermanos, con los cuales vivimos y convivimos?

«Ama al prójimo como a ti mismo » (Mt XIX). Esta es la gran ley de la caridad de Jesucristo; pero cuánto raramente tratamos al prójimo como a nosotros mismos! Esto lo digo para mi confusión y como advertencia a ustedes.

Confortémonos, por lo tanto, amémonos y consolémonos, querido D. Adaglio. Soportarse recíprocamente! dice S. Pablo a los Colosenses, y a los Tesalonicenses; Confortarse recíprocamente! Y a los Gálatas: Lleven uno el peso del otro. En consecuencia, siempre (y será obra de todos los días y de todas las horas) supliquemos a Nuestro Señor que nos dé paciencia y tolerancia y caridad, y caridad paciente más que caridad celosa. Con la paciencia todo se vence, todo se vence!” (Scritti 4,273-275, Carta a Don Adaglio, Roma, 20-02.1923)